



La injusticia nos hiera. Si somos víctimas, al ver cómo nos arrancan algo necesario, algo que necesitamos, algo nuestro. Si somos testigos, al ver el dolor de las víctimas, de los ofendidos, de los despojados de lo suyo.

El mundo está lleno de injusticias. Son tantas y tan profundas, que corremos el riesgo de acostumbrarnos, de endurecer el corazón, de mirar hacia otro lado, de levantar los hombros en señal de resignación barata.

Otras veces buscamos caminos para defender al débil, para castigar al culpable, para curar los daños, para consolar y aliviar a quienes necesitan una reparación justa.

Pero el panorama es tan inmensamente grande...

¿Cómo solucionar injusticias que afectan a miles de personas: guerras, fraudes colectivos, explotación de obreros mal pagados, usura por parte de delincuentes de guante blanco? ¿Cómo detener las ofensas a los inocentes, la matanza de hijos por culpa del aborto, la amargura de campesinos que se sienten despreciados por multinacionales sin escrúpulos o por gobiernos que promueven políticas económicas a espaldas de los intereses de sus pueblos?

La lucha por la justicia parece, en ocasiones, un anhelo desproporcionado, ilusorio, inútil. Por más que nos movamos, por más que nos esforcemos en levantar a los perseguidos, siempre será mucho más grande el mal que nos rodea, que nos aturde, que nos engulle, que se alza contra los más débiles e indefensos.

Por eso, miles, millones de personas viven y mueren sin que nadie haya aliviado las injusticias que sufrieron. Quedan ante la historia como derrotados, como hombres y mujeres que sucumbieron ante avaros, criminales, explotadores sin escrúpulos.

Algunos dicen que el “juicio de la historia” rescatará a las víctimas. En realidad, un juicio póstumo nunca será capaz de reparar el daño que han sufrido los inocentes, para aliviar a quienes dejaron el mundo sin haber conocido la protección de la justicia terrena.

Ante tanto mal, el corazón nos dice que debe existir algo más allá de la muerte; que debe existir Alguien capaz de recoger las lágrimas de las víctimas y de castigar a los culpables.

Dios tiene que existir para que el mundo no sea un absurdo, para que la última palabra no sea la prepotencia de los criminales, para que sean rescatados los que sufrieron males inhumanos. La vida eterna se convierte en una exigencia ineludible para que la justicia no se convierta en un anhelo iluso.

Necesitamos recordarlo: “la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna” (Benedicto XVI, encíclica “Spe salvi”, n. 43).

Si hay otra vida, si existe un Dios que recoge las lágrimas de los inocentes y castiga a los culpables que nunca se arrepintieron, tiene sentido la lucha por erradicar las injusticias presentes, tienen valor los sufrimientos de quienes vivieron y murieron derrotados pero honestos.

No conseguiremos, seguramente, derrotar la fuerza de un mal oscuro y potente, pero sí albergaremos una esperanza profunda en el Dios que rescata la vida de cada hombre y de cada mujer que haya renunciado a la maldad para escoger el camino, difícil y hermoso, de la justicia verdadera.